

VERSIONES DE LA COMPLEJIZACIÓN DEL APARATO PSÍQUICO: CONSECUENCIAS EN LA CONCEPCIÓN DE INCONSCIENTE Y SÍNTOMA

Matías Gabriel Lezcano

matiglezcano90@gmail.com

Facultad de Psicología | Universidad Nacional de La Plata (UNLP)

Eje Temático: Psicoanálisis

Resumen

La articulación de propuestas teóricas en función de poder abarcar un problema con la complejidad que le es característica al mundo humano, nos confronta con el imperativo de incorporar conceptos como herramientas en nuestro haber. Pero para ello es menester que la articulación responda a una lógica que las coherente. Es así que el objetivo de nuestra presentación pretende la dilucidación de los supuestos en los que se sostienen las formulaciones de tres grandes autoras dedicadas al psicoanálisis de niños: Melanie Klein, considerada la fundadora del psicoanálisis en el campo aplicado a niños, Maud Mannoni (1988), representante de la tradición lacaniana en su trabajo con niños, y Silvia Bleichmar (1993), exponente rioplatense.

El camino emprendido para el relevamiento de estos supuestos lo circunscribiremos a la exposición, dentro de los desarrollos teóricos correspondientes, vinculada al eje que operativizamos con el nombre de “versiones de la complejización del aparato psíquico” haciendo referencia a la concepción que cada una sostiene sobre qué es lo que se encuentra en el advenimiento del niño al mundo y cómo éste va adquiriendo nuevas características. A partir de allí haremos mención de cuál es el estatuto que adquieren entonces inconsciente y síntoma.

Palabras clave: Supuestos, inconsciente, síntoma, origen.

Abstract

The articulation of theoretical proposals in terms of being able to encompass a problem with the complexity that is characteristic of the human world, confronts us with the

[88]

imperative to incorporate concepts as tools in our possession. But for this it is necessary that the articulation responds to a logic that coherences them. Thus, the purpose of our presentation is to elucidate the assumptions underlying the formulations of three great authors dedicated to psychoanalysis of children: Melanie Klein, considered the founder of psychoanalysis in the field applied to children, Maud Mannoni (1988), representative of the Lacanian tradition in her work with children, and Silvia Bleichmar (1993), exponent of the River Plate.

The path taken for the study of these assumptions will be circumscribed to the exhibition, within the corresponding theoretical developments, linked to the axis we operate with the name of "versions of the psychic apparatus's complexation" referring to the conception of what each one found in the advent of the child to the world and how new characteristics can be acquired. From there we will mention what is the status that unconscious and symptom acquire then.

Keywords: assumptions, unconscious, symptom, origin

Introducción

La articulación de propuestas teóricas en función de poder abarcar un problema con la complejidad que le es característica al mundo de lo humano, nos confronta con el imperativo de incorporar conceptos como herramientas en nuestro haber. Pero para ello la articulación debe responder a una lógica que las coherente. Así, el objetivo de nuestra presentación pretende la dilucidación de los supuestos en los que se sostienen las formulaciones de tres grandes autoras dedicadas al psicoanálisis de niños: Melanie Klein, considerada la fundadora del psicoanálisis en el campo aplicado a niños; Maud Mannoni (1988), representante de la tradición lacaniana en su trabajo con niños y Silvia Bleichmar (1993), exponente rioplatense.

El camino emprendido para el relevamiento de estos supuestos lo circunscribiremos a la exposición, dentro de los desarrollos teóricos correspondientes, vinculada al eje que operativizamos con el nombre de "versiones de la complejización del aparato psíquico" haciendo referencia a la concepción que cada una sostiene sobre qué es lo que se encuentra en el advenimiento del niño al mundo y cómo éste va adquiriendo nuevas características. A partir de allí haremos mención de cuál es el estatuto que adquieren entonces inconsciente y síntoma.

Concepciones acerca del origen

En 1952, Klein (2009) indaga la vida emocional del bebé durante su primer año de vida, recalcando particularmente las angustias, luego las defensas y por último las relaciones objetales.

Allí retoma una línea de pensamiento en la obra freudiana que propone deslindar las fuentes del displacer en aquellas originadas internamente y externamente. En el origen fue el odio (Freud, 2004) (aludiendo al primer estímulo que rompe la membrana antiestímulo y el desencadenamiento posterior de la moción de volver a la inercia propia del estado anterior) es tramitado en el pensamiento kleiniano como la acción interna de la pulsión de muerte que produce temor de aniquilamiento, siendo la causa de la primaria ansiedad persecutoria (Klein, 2009). Por otro lado, será la experiencia del nacimiento la fuente externa del displacer en tanto pérdida de un estado que será sentida como ataque de fuerzas hostiles, erigiéndose así como patrón para todas las ulteriores situaciones de ansiedad y marcando las primeras relaciones con el mundo exterior.

Introduce también la hipótesis de que las primeras experiencias inician una relación de objeto. Relación que en este tiempo es siempre parcial dado que las mociones libidinales y agresivas están dirigidas siempre hacia una parte específica de la madre.

La idea se complejiza con la noción de fusión entre eros y thanatos, que se encuentran en equilibrio, siempre y cuando privaciones (internas o externas) no refuercen las pulsiones agresivas. Junto a ello se resalta el factor constitucional de la intensidad con la que es traído al mundo cada niño, suponiendo que si ha nacido con un predominio agresivo innato “la frustración y la voracidad se despiertan fácilmente y esto contribuye a las dificultades del niño para tolerar la privación y manejar la ansiedad” (Klein, 2009: 71).

Su concepción del pecho en términos de malo y bueno, se funda en que las experiencias resultan estímulos poderosos para Eros y Thanatos: en tanto el objeto gratifica, es amado y sentido como bueno; en tanto que frustra, es odiado y sentido como malo. Escisión objetal consecuencia de la falta de integración del yo.

Es preciso también resaltar los mecanismos que son atribuidos al yo desde este temprano momento, y que contribuyen a la relación con el objeto en una doble vertiente: introyección y proyección. Al proyectar sus pulsiones de vida se las atribuye al objeto bueno, mientras que al proyectar las pulsiones de destrucción se las atribuye al objeto malo; y simultáneamente, por introyección, un objeto bueno y otro malo son instaurados en el interior del niño. Serán también, esos primeros objetos introyectados los que fundan el núcleo del superyó.

La imagen de cada objeto queda distorsionada en función de las fantasías del lactante. Las fantasías están elaboradas en el pensamiento de Klein en imagos originales que encuentran su origen en el inconsciente filogenético, de manera que los objetos adquieren las cualidades correspondientes a las formas de la pulsión que se encuentren fortalecidas. Ante la frustración y el odio las expresiones cualificadas de oral-destructivas encontrarán fantasías de destrucción devorando y aniquilando; si son sádico-uretrales y sádico-anales las fortalecidas, los ataques serán con orina envenenada y heces explosivas.

Las emociones del lactante son descritas como “extremas y poderosas” (Klein, 2009: 73), y esa es la justificación de por qué el pecho malo es llevado al extremo de perseguidor terrible y el pecho bueno resulta uno idealizado y perfecto. Así, las características de las “emociones”, las experiencias sentidas, las defensas en su contra y los mecanismos de escisión, configurarán un tipo específico de estructura de la situación, aquella que Klein bautizara como posición esquizo-paranoide.

Ya en la posición depresiva, la ansiedad persecutoria no resultará tan intensa de forma que el yo puede dejar de lado la escisión del objeto como forma de defensa y centrarse en la integración. Integración que para Klein es expresión de la pulsión de vida por sobre la de muerte, y que va ser mayor durante el segundo trimestre conforme el yo se desarrolla (desenrollar, complejizar aquello que ya desde entrada signa su destino). Esta posición queda caracterizada por relación al objeto total, sentimientos de ambivalencia (determinando la culpa), ansiedad depresiva y mecanismos de defensa organizados alrededor de la represión.

Durante el primer año de vida surgirán los estadios tempranos del complejo de Edipo, que se caracteriza por el papel que siguen desempeñando los objetos parciales mientras se establece la relación con objetos totales, la irrupción de deseos genitales conjuntamente con tendencias parciales, y la apreciación de los celos en tanto “sentimiento” sobre el que pivotea toda la situación.

Sitúa igualmente que la fortaleza de los mecanismos utilizados originariamente serán subsidiarias de la posibilidad de acceso al inconsciente: la escisión dificulta el acceso dada la inmensa intensidad con la que opera la separación, mientras que la represión operada en la posición depresiva deja mayor margen al acceso. Siendo concebido el trabajo analítico como la síntesis de aspectos no unificados (hacer consciente lo inconsciente), el progreso resultará entonces, dificultoso en pacientes de tipo esquizoide. Pasando ya a lo que plantea Mannoni (1987), se sustentará que la situación a la que el niño adviene en los primeros años de vida es imaginaria, pero tendrá que ir simbolizándose (posible a partir del lenguaje). Así, el análisis tratará sobre el

desconocimiento imaginario del yo: identificaciones, engaños y alienaciones que defienden al sujeto de la irrupción de su verdad.

Esta situación imaginaria es figurada por Mannoni como lo que en el pensamiento kleiniano es puesto de relieve en el concepto de posición esquizo-paranoide donde de “la amenaza de una agresión interior que, proyectada al exterior, le descubre un mundo ambiente que, en el plano fantasmático, siente como peligroso” (1987: 106). Esta situación es inteligida como normal en la culminación del Edipo, donde la introyección de la figura parental amenazante dará lugar al Superyó. Pero si en la realidad hubiese un ejercicio parental agresivo, el niño quedará preso de los efectos fantasmáticos de sus proyecciones: pura agresividad especular donde toda solución posible plantea la disyuntiva suicida-mortífera. Además, la no identificación con un yo especular no permite el acceso al cuerpo unificado, determinando el sentimiento de peligro y la alienación en un cuerpo parcial que le permite el mantenimiento en el deseo materno y un lugar en la dialéctica del adulto.

Las posiciones demuestran que el papel de la madre es el de modificar la fantasmática del bebé introduciendo una presencia tranquilizante, de modo que se desemboque en la superación de la primitiva tendencia de muerte.

Instalado en la situación especular, posteriormente el niño deberá reconocer la imagen del semejante como diferente de la propia, instalando así el reconocimiento de su imagen y paralelamente el conocimiento de sí mismo. En ese momento, la madre funcionará como medio para lograrlo, es decir, que el encuentro con su imagen a través de la imagen del otro lo introducirá al conocimiento de sí mismo.

Del lado de la madre encontramos que el niño real simboliza, para ella, al falo. En su evolución el niño ha de asumir el falo, pero solo lo podrá hacer a partir del momento en el que adquiera una imagen de sí. Asimismo, para que el niño funcione como “plusvalía fálica” y se realice independientemente, es necesario que ella sea alcanzada como lugar de la falta y aquél no sea simplemente su falo.

Junto a la puntualización acerca del advenimiento al registro imaginario, la autora explora la posición respecto de la dialéctica necesidad-demanda-deseo en ese momento. Al figurar la necesidad como pérdida desde la entrada al mundo regido por lo simbólico, lo que encontramos entonces es la demanda, que puede apuntar a la satisfacción de una necesidad, pero que en su más allá es el pedido de algo de otro orden. Tanto es así que aquello con lo que se responde, sea ofertándolo o negándolo, será catectizado como signo de amor. Pero esta demanda de amor seguirá profiriéndose en tanto se efectúa desde una dimensión que conserva el carácter de insatisfacción imposible de ser colmada: lo que desea, como tal, es algo diferente. Será fundamental entonces, para

articular este más allá de la demanda que figura el deseo, que la madre pueda hacerse cargo de esa falta, de ese vacío desde el que se demanda, para que la salida simbólica no quede obturada por la presencia omnipotente de una madre que interviene a nivel de la necesidad.

El siguiente paso es ahora el pasaje de la fase narcisista al Edipo, hito que introduce un cambio en la estructura: la inscripción del Nombre-del-Padre en la relación del sujeto con el Otro. Su introducción “normativiza” la relación del sujeto con la realidad, y su forclusión signará la disolución de la articulación de los registros simbólico, imaginario y real (motivo por el que puede ocurrir el retorno en lo real con carácter de signo en los fenómenos psicóticos). Contrariamente, si quedara excluido de la entrada a una estructura triangular, su destino será el de seguir ocupando el puesto de objeto parcial sin poder asumir su propia identidad, denegándole el reconocimiento de su alteridad.

Ahora bien, el planteo de Silvia Bleichmar resulta ineludible. Pero no solo por el peso que su nombre tiene en nuestro margen rioplatense, sino porque su planteo es radicalmente distinto.

Ella sostiene que el cachorro humano se encuentra en su origen enfrentado a lo que denomina más acá del principio de placer y el doble conmutador materno (Bleichmar, 1993).

Para figurárnoslo, Bleichmar nos reconduce al Proyecto de psicología de Freud. Siguiendo el tratado que allí se hiciera de la energía, la autora proseguirá por el camino que arranca planteando que el principio de inercia, el desinvertimiento absoluto, es el modo de evacuación de lo autoconservativo, pero que, lo que se despega de la necesidad biológica obliga a modos distintos de tramitación. De lo que se habla aquí es de lo constituye un plus irreductible, aquello que mueve el trabajo psíquico: La energía en tanto que sexual, aquello “irrumpe en el viviente alterando para siempre sus modos de funcionamiento” (1993: 33).

Su planteo no deja como premisa el funcionamiento de la energía pulsional como energía endógena que figura el motor del progreso psíquico, sino que será introducida. Cuando la cantidad de energía comienza a elevarse, en el inicio el viviente no puede ejecutar la acción específica que la cancelaría, ella sobreviene mediante auxilio ajeno. Ese momento en el que se introduce el otro humano, es el paso inaugural de un sujeto sexuado (con asiento en un real biológico).

El incipiente aparato quedará librado a inscripciones que son efecto de restos desgajados de la sexualidad del otro. Lo que llamamos vivencia de satisfacción queda circunscripta entonces en la totalidad que conforma el todo del individuo auxiliador que realiza la acción específica otorgando el objeto que permite la satisfacción de la tensión, y

Bleichmar subraya “el todo” porque lo que se inscribirá no es la disminución de la tensión que comporta la necesidad, sino la experiencia del objeto ofrecido por el otro.

Pero resulta central que ese otro humano es uno sexuado, provisto de inconsciente, siendo sus acciones no reducibles a la dimensión autoconservativa. Tal es así que el otro del cuidado, el otro materno, funcionará como conmutador que permite que la energía somática devenga energía sexual por el encuentro con el objeto ofrecido. El conmutador encuentra su lugar en el momento en el que a la búsqueda de lo nutricional se responde con el pecho que inunda de una energía no cualificada. Esto propicia en el real viviente un traumatismo, aquello que definimos como incapacidad de ligazón de la energía que irrumpe (Freud, 2004).

En fin:

[...] solo concibiendo a la fuente de la pulsión en el objeto –objeto sexual ofrecido por el semejante-, y a la meta, en el placer de órgano, es posible intercalar la zona erógena como esa zona de apertura por la cual la cantidad exterior, el estímulo, logra conmutarse en excitación, en cantidad endógena (Bleichmar, 1993: 37).

Esto, reduciendo el argumento pero detectando su lógica, se sostiene sobre la base de que la seducción originaria propuesta por Laplanche es el apuntalamiento de la sexualidad, y no el real biológico. Hasta ahí el funcionamiento del primer conmutador, operado por la madre que, provista de inconsciente, en sus cuidados sexualizantes efracciona la energía somática en sexual.

Pero esta madre resulta, en tanto sujeto de inconsciente, clivada. Allí encontrará Bleichmar el sustento que permita la tramitación de esta nueva energía introducida. Ese remanente producto del encuentro en los cuidados maternos hallará ligazón en el investimento colateral de representaciones. Estos serán provistos por las representaciones yoico-narcisistas de la madre, que hacen encontrar en el bebé una Gestalt y visualizarlo como un “ser humano”. El vínculo amoroso madre-niño, atravesado por su narcisismo, trasvasándolo a ese al que ella ama y al que catectiza narcisísticamente, le garantizará esas vías colaterales.

Al tiempo que en los cuidados se introduce la sexualidad, la madre también acaricia a su hijo, lo acomoda delicadamente, le habla de manera suave, etc. Ello funciona como ligazón de la energía sexual que se introduce por el objeto ofrecido por el sujeto de inconsciente. Esa ligazón proporciona además la constitución de una red, un sistema de ligazones que, a posteriori, permitirán la constitución del yo.

Inconciente y síntoma

En base a lo que llamamos “versión de complejización del aparato psíquico” dilucidaremos ahora cómo estas premisas acerca de aquello con lo que el sujeto adviene al mundo, fundamentan y sostienen las concepciones centrales de inconsciente y síntoma.

La concepción Kleiniana es de raigambre plenamente endogenista al ser el inconsciente algo del orden de lo que el humano hereda en tanto comienza a jugar desde el momento mismo del nacimiento. Inconsciente que queda reducido ser cede de las pulsiones, en su dimensión de “mito biológico” tal como la postulara Freud en 1920, y reservorio de fantasías primordiales.

Es así que el síntoma es aquello que determina una forma inadaptada del niño a la realidad por la tergiversación que las fantasías producen sobre ella, producto de una posición que es determinada en base a ansiedades, defensas y relaciones de objeto que han podido ser desarrolladas.

El origen del inconsciente, tanto para Mannoni como para Bleichmar, será, en oposición a Klein, exogenista, efecto de cultura.

Pero la similitud llega sólo hasta allí al tener una concepción de la materialidad del inconsciente diferente. Mientras que para Mannoni (1987), inscribiéndose en la tradición estructuralista, el inconsciente es el discurso del Otro y su materialidad la del lenguaje y el discurso, Bleichmar (1993) sostiene al inconsciente fundado por el ejercicio de la represión originaria erigiendo su materialidad en lo histórico vivencial y las formas en la que ello es inscripto en el trabajo operado por la metábola como trabajo de descualificación y recualificación.

Por otro lado, el síntoma bajo la forma de significación del sujeto enfrentado al deseo del Otro será la concepción que el estructuralismo sostenga (Mannoni, 1987). Síntoma que es la expresión velada de la verdad del sujeto imposibilitado, por el fantasma materno y la problemática edípica de los adultos, de expresar su palabra. De esta manera, la nosografía dejará el eje normal-patológico para pasar a ser una centrada en la relación del sujeto al lenguaje y el deseo.

Pero la Bleichmar (1993) expone que el síntoma ha de ser tomado en el sentido de conflicto interinstancias y solución de compromiso. Si la tópica aún no ha sido fundada entonces no puede concebirse las manifestaciones con esa denominación; para ellas, las expresiones anteriores a la represión originaria que plasman así la descarga pulsional sin tramitación desfigurativa que le concedería el trabajo de la represión secundaria, o incluso la falta de instalación de la pulsión, reservará el nombre de trastornos.

Conclusiones

Hemos tratado de realizar el trabajo reflexivo que nos permita sentar las bases para la incorporación de herramientas conceptuales bajo una lógica coherente. En los desarrollos teóricos pocas veces encontramos la explicitación de los supuestos sobre los que se construyen, y en un afán de coherencia epistemológica, todo aquél que pretenda llevar adelante una práctica (convirtiéndolo así en un compromiso ético también) debe dar cuenta de la rectitud lógica que guía su lectura del fenómeno y su intervención en él.

En nuestro horizonte está, como imperativo, la elucidación crítica: pensar lo que se hace, y, saber lo que se piensa (Castoriadis, 2007).

Referencias bibliográficas

- Bleichmar, S. (1993). *La fundación de lo inconciente*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Castoriadis, C. (2007). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets.
- Freud, S. (2004). "Más allá del principio de placer". En *Obras Completas*, tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Klein, M. (2009). "Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé (1952)". En *Obras Completas*. México: Paidós.
- Mannoni, M. (1987). *El niño, su "enfermedad" y los otros*. Buenos Aires: Nueva Visión.